

Una promesa incumplida

Por Sebastián SALAZAR BONDY

SABEMOS que muchos padres de familia consideran, con el pensamiento puesto en sus hijos y en los escolares en general, que la huelga magisterial meila profundamente un esencial aspecto de la vida nacional, y por tal motivo ven con ojos recelosos dicho paro. Sin embargo, aún atendiendo razones tan importantes, no puede dejarse de convenir que el conflicto, que data del año pasado, ha sido ahondado por la culpable indiferencia —o por el juego pueril que consiste en postergar los problemas como si los plazos no se cumplieran inexorablemente un día— de nuestros gobernantes. Tienen que haber llegado a la exasperación la paciencia y aún el sentido de responsabilidad de los maestros al servicio del Estado si la promesa escrita de los Presidentes de las dos Cámaras Legislativas de resolver el caso, ha quedado en vanas palabras, que no honran, por supuesto, al senador y al diputado que asumieron ese compromiso. Cualesquiera que sean las causas que han motivado tal olvido, no han de ser menores ni menos atendibles que las que mueven a los docentes a solicitar por la huelga una mejora económica.

SALVO LOS hombres del gobierno y sus socios y dependientes niegan que el costo de la vida ha subido en un grado sumo, y que cada día es más difícil sobrellevar el presupuesto que demanda la familia. Los maestros ganan mal. Su tarea es fundamental en una comunidad y la vocación magisterial semeja, por eso, a la de un verdadero apostolado. Esto se dice en discursos y en proclamas electorales, en todo ese pomposo arsenal de frases hechas que se suele manejar con ocasión de las efemérides. Un maestro que gana 600 soles, como hay tantos, no es remunerado, ni lejanamente, en proporción a la responsabilidad del puesto que desempeña en la sociedad. Tiene derecho a pedir aumento, tiene derecho a acusar a este régimen de enemigo de la educación, tiene derecho a hacer notar a la opinión pública la triste situación por la que atraviesa su profesión.

EL SEÑOR BELTRAN cree que aumentar sueldos es cometer inflación. Esta palabra, a la que él ha logrado, mediante su apocalíptica prensa, infundir un contenido equivalente al de catástrofe, ha constituido para él un buen negocio político. Agitándola llegó al poder, agitándola amenaza al pueblo y trabaja por sus intereses, agitándola, en fin, se opone a las nivelaciones de haberes necesarias para que los trabajadores no sucumban al hambre. Hay que acabar con esa farsa. Ella provoca más de un desequilibrio nacional, que el señor Beltrán y sus socios no sienten puesto que las penurias no son para ellos y su sensibilidad no les da para advertir cómo la crisis económica afecta espiritualmente a la nación. Pero hemos hablado de espíritu y, para los adoradores del becerro de oro, eso no da dividendos.

EXIJAMOS LA inmediata solución del problema de los maestros. Pidamos que los legisladores cumplan su promesa, si la han olvidado entre tantos papeles, no siempre trascendentales, como circulan en la política. Y reclamemos que quienes forman a las generaciones futuras de peruanos no vivan en la miseria, precisamente para que el porvenir nos reserve el bienestar que ellos están obligados a sembrar, como una esperanza, en el corazón de nuestros hijos.